

Morsamor, una lectura ibérica

Muy escasas novelas españolas –muy pocos o ningún libro hispano de alguna entidad– se han de leer en clave ibérica. De modo excepcional en nuestra literatura, la última obra de ficción de Juan Valera está toda ella penetrada de geografía e historia, de sustancia y realidad ibéricas. Su frenética acción discurrirá por paisajes y tierras orientales descubiertos o colonizados por los dos pueblos peninsulares y el censo de sus criaturas estará integrado de hombres y mujeres nacidos en su solar. Armonizando y embelleciendo una historia que tuvo más de un episodio sórdido, los héroes y personajes de la fantástica narración se fundirán en el mismo ideal que presidió, en conjunto, el gran despliegue luso español del otoño medieval y la plenitud renacentista¹.

La conquista e incorporación de continentes y países bajo la enseñanza del catolicismo unió, ciertamente, la política y energías de la acción de uno y otro Estado peninsulares durante los inicios de la Edad Moderna, en gran medida forjada por su trepidante actividad. En este plano, a un tiempo real y convencional, verdadero y legendario, el autor de *Pepita Jiménez* se movía con desembarazo y placer. En estas aguas se habían realizado sus mejores navegaciones tanto literarias como personales. La dura realidad de los antagonismos y disputas entre ambos pueblos en el tránsito del siglo XV al XVI por la supremacía descubridora, el muro de recelos y prejuicios que en casi todo momento los separase, quedaba olvidado en la obra de Valera en beneficio de la común cruzada espiritual que los uniera; empresa de la que también el escritor egabrense sólo registraría su porción más abrigada, al dejar en la penumbra los móviles de descarnado egoísmo y prepotencia que alentaron en ella. Energía, sueños de gloria, espíritu misionero encontraron puntual anotación, eufónica y eufórica, de don Juan de las aventuras de su héroe, el humilde franciscano Miguel de Zuheros, transmutado por parte de santa magia, de la mano de su hermano en religión fray Ambrosio de Utrera, en *Morsamor*. Con muy bajo perfil aparecerán por el contrario, según acabamos de recordar, los aspectos más onero-

¹ S. Miranda García, *Religión y clero en la gran novela española del XIX*. Madrid, 1983, p.

sos que ennegrecieron en múltiples ocasiones este capítulo del pasado de entrambas naciones ibéricas. «No os apesadumbréis tanto, mi buen señor, por los tremendos y feroces que suelen mostrarse en el día los hombres de esta península, engréidos por sus triunfos y por su predominio en la tierra. Al cabo, no sin piadoso designio, entiendo yo que ha dispuesto la Providencia que sean las naciones de Aragón, Portugal y Castilla las que prevalezcan y descuelen en esta edad, todavía algo bárbara y de costumbres poco suaves. El sentimiento y la creencia de la fraternidad y de la igualdad humanas están más hondamente arraigados y grabados en el corazón y en la mente de los pueblos del Mediodía de Europa que en el corazón y en la mente de los pueblos del Norte»².

Más que un tributo a la exaltación de un huero sentimiento nacional y de una concesión al conformismo en el que maduró la mayor parte de la obra valeriana, se ha querido, a las veces, ver en ello un acto del mejor patriotismo. Durante los años en que Portugal y España atravesaban la última etapa de su vía crucis internacional decimonónico, un Valera trotamundos y cosmopolita, de vuelta ya de todos los caminos, quiso dar a los habitantes de una y otra motivos de esperanza y orgullo con la rememoración novelesca de las gestas de sus antepasados. «Con esta novela parece agotarse la vena novelística de Valera. El mágico ensueño de un pasado brillantísimo choca tan fuertemente con la realidad del Desastre nacional que en años sucesivos, los pocos que queden hasta su muerte, ya no podrá escribir más obras de ficción [...] Igual que el escritor ha vuelto la mirada hacia las páginas doradas de la historia patria para escribir *Morsamor*, pueden todos los españoles volverlos hacia el pasado»³.

Pero si en el primer extremo la controversia del sentido y significado de la postrera novela de don Juan se levanta con frecuencia, del segundo cabe decir que es dominio todo él de la polémica. El espíritu noventaichocentista que, tópicamente, se le atribuye a la obra, ha sido, según se sabe, más de una vez objeto de discrepancia por parte de algunos críticos. La larga y discontinua preparación de la obra es tal vez la principal aporía aducida para legitimar una lectura regeneracionista de *Morsamor*. Su argumento y trama se encetaron con anterioridad a los acontecimientos que desembocaron en el desastre ultramarino. Por más que don Juan atisbara con cierta antelación el resultado de la crisis cubana, el núcleo de su novela no puede verse a la luz del desenlace de la guerra antillana y filipina⁴.

² *Morsamor*. Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda. *Barcelona*, 1970, p. 121.

³ *Carmen Bravo Villasante*, Biografía de D. Juan Valera. *Barcelona*, 1959, pp. 321-22.

⁴ *Muy convincentemente lo sostiene así un excelente editor de la obra valeriana: J. B. Avalle-Arce*, *Morsamor*. Peregrinaciones heroicas y lances de amor y fortuna de Miguel de Zuheros y Tiburcio de Simahonda. Edición, prólogo y notas de... *Barcelona*, 1970, pp. 24-5.

Sus páginas, pues, no se encuentran en verdadera sintonía con el espíritu del 98; bien que no por ello quepa desdeñar el talante *avant la lettre* regeneracionista que recorre muchos de sus textos. El propio escritor, en uno de sus característicos rasgos de nobleza, no quiso incluirse en las principales voces del coro regenerador cuando éste encontraba mayor audiencia en una opinión pública escandalizada y a la búsqueda ansiosa de culpables; aunque también aquí quizá no resulte aconsejable asentir sin reservas a las declaraciones de don Juan, ya que, al leer algunos pasajes de *Morsamor*, resulta sumamente difícil rechazar una interpretación regeneracionista de ciertos lances y discursos: «Pese a Valera, el libro es una transparente alegoría de los errores y triunfos, de los destinos históricos de España, y una incitación a volver sobre la propia intimidad, a intentar la salvación por el espíritu, a no abandonar lo eterno por lo perecedero»⁵. Uno de los pasajes de mayor filiación regeneracionista sería acaso el siguiente: «La mayoría de los hombres consumen la vida en ganarse la vida, y como se la ganan perdiéndola y gastándola, no les queda vida de sobra ni para amar, ni para deleitarse, ni para trazar heroicos planes y realizarlos luego, ni para otros mil asuntos que debemos calificar de lujo y de poesía. La gente humilde y trabajadora, los ganapanes y destripaterrones, que sudan y se afanan para procurarse el sustento, son como las orugas y como los míseros gusanos que se arrastran con lentitud, que se esconden entre el follaje, y que no pueden ejercer otra función sino la de nutrirse, mientras que tú y otros como tú, siempre bien nutridos y exentos de tan ruin cuidado y de menester tan vil, sois como las mariposas, que desplegáis a la luz del sol los nítidos colores de vuestras alas, que voláis entre las flores, que libáis el néctar de sus cálices y que gozáis de amor y de gloria»⁶.

Es, por lo demás, muy comprensible que el análisis tradicional de la obra se haya emprendido desde el punto de vista mencionado. El último gran proyecto novelístico del intelectual más cultivado de su tiempo, diplomático curtido e interesado, por vocación y profesión, por los avatares de la política nacional e internacional a lo largo de medio siglo, no podía permanecer ajeno a las inquietudes de sus contemporáneos, que, oscuramente conscientes, asistían, en la bonanza burguesa de la Restauración, a un recodo en la andadura de su país.

No hay, desde luego, que omitir las perspectivas regeneracionistas que abre cualquier lectura de la novela que nos ocupa. Con todo, lo más acertado para su exacta intelección acaso consista en no primarlas ni aún menos en agotar su significación con dichas claves. Una interpretación exclusiva de la obra desde este ángulo conduciría, por otra parte, a un

⁵ J. M. Fernández Montesinos, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1970, p. 174.

⁶ *Morsamor...*, p. 246.

estudio muy dilatado, pues, así observada, resulta ostensible que son numerosas las claves que cabe detectar en su texto, cuyo desciframiento, por otro lado, aún no se ha acometido. Mas, como ya hemos dicho, una hipertrofia de los elementos regeneradores en la comprensión de la novela valeriana conduciría muy probablemente a una visión deformada. El ánimo doliente y entristecido del Valera jubilado de sus funciones diplomáticas e invadido por la ceguera y los dramas familiares buscó en ella, según confesión suya reiterada, cierta alegría al escribir un libro de «caballería a la moderna» que diera pasatiempo no sólo a su espíritu sino también al no menos conturbado de sus coetáneos más lúcidos⁷. Muchos serán, efectivamente, los símbolos y peripecias que en ella caben referir al mundo novelístico a la vez amado y denostado por Cervantes. Así, por ejemplo, las figuras de Morsamor y su escudero Tiburcio de Simahonda –tal vez el actante más cargado de significación de toda la obra– pueden mirarse, por más de un motivo, como trasunto de Don Quijote y Sancho. No otro carácter debe dársele tampoco a la propia entraña de la regeneración del protagonista y de su retorno a la vida mortal y verdadera, tan parecida en más de un punto a la existencia del caballero manchego. Retorno que, finalmente, cabría entender como un rechazo de todo el espíritu regeneracionista, ya que Morsamor, al trasmutarse de nuevo en el franciscano Miguel de Zuheros, no tiene conciencia clara de haber vivido un sueño o una realidad⁸. Lo lúdico y lo festivo o, si se prefiere, la «ficción libre» de un mundo y un tiempo muy lejanos, en definitiva, la recreación personal y artística de un determinado pasaje de la historia obediente ante todo a las reglas literarias, como forma absorbente y preferentemente, conforme en cualquier otra narración clasificable como de «base histórica», *Morsamor*: y es desde tal comprensión a partir de la cual se deben valorar sus aciertos y yerros y su misma naturaleza de obra esencialmente literaria.

Al margen por entero de lo acabado de exponer, una lectura «regeneracionista» de *Morsamor* llenaría sus páginas, desde la cruz a la raya, de espíritu iberista. Incluso amputando de su texto todo lo concerniente a una respuesta discretamente optimista y una apuesta relativamente esperanzada por el futuro de Portugal y de España después de la crisis del Ultimátum británico y de la pérdida de los últimos territorios ultramarinos, no por ello sus páginas quedarían desprovistas de interés para estudiar el sentimiento iberista en uno de los escritores que más amplia y creadoramente lo entrañaron. En otro lugar, se ha glosado la posición de Don Juan frente a las tesis iberistas de un historiador lusitano por el que

⁷ Cfr. el notable libro de M. Galera Sánchez, Juan Valera, político. Córdoba, 1983, pp. 395-96.

⁸ Cfr. en especial todo el capítulo XLIII de la novela.

manifestó singular predilección: Oliveira Martins. No obstante su carácter ficcional, cabe espigar en Morsamor alguna prueba de este respeto intelectual y alta cualificación científica. Sin preocuparse demasiado de los derechos de paternidad y autoría, Valera glosaría en su novela textos de Oliveira referidos a los siglos XV y XVI, el escritor andaluz a su zaga en la exaltación del Portugal de los descubrimientos, de don Enrique el Navegante, del «Príncipe Perfecto» y de don Manuel II⁹.

Justamente en el reinado de este último se sitúa el escenario de las andanzas de Morsamor en pro de la glorificación de su nombre y del ensanchamiento propio y del de su patria. Sediento de aventuras, tomará como punto de partida la capital que por aquel entonces, en la primera década del Quinientos, había conquistado todos los títulos como Meca de destinos fabulosos y trampolín de las hazañas más inimaginables. Aunque la inspiración, como en muchos otros de los escritos de Valera, no se convirtiese en tal punto en el principal valor de su cuadro de época y éste, incluso, fuera deudor hasta el plagio del fresco que de la Lisboa manuelina trazara Oliveira Martins en una de las páginas más vigorosas de su *Historia de Portugal*, el relato que de la célebre embajada a la Santa Sede de Tristão da Cunha hace Valera es un canto a uno de los momentos estelares de Portugal, vivenciado por su pluma con entusiasmo y calor no muy frecuentes en ella. Ninguna otra exégesis que la de la compenetración más completa con el ideario y los hechos de aquella hora del pasado portugués, es posible efectuar del texto que le consagra-se Valera en la novela objeto de nuestro comentario. El Portugal manuelino así como el de sus más inmediatos antecesores supo encarnar las ansias más profundas de las generaciones europeas del momento, materializando en grandes hechos sus inquietudes e ideales. Éstos no habrían tenido muchas veces plasmación de no alimentarse de los ensueños de fama personal y de celebridad que embargaron la mente de muchos aventureros, partícipes, en ocasiones, de una empresa que les sobrepasaba. Tal semeja ser el caso para Don Juan de su propio héroe, en ningún instante mitificado por una pluma, siempre cáustica y apegada a la realidad incluso al narrar ambientes y personajes envueltos en buena parte por la fantasía y hasta por la fábula, conforme corresponde a los seres novelísticos. «En el año de 1521 era Lisboa la más espléndida, animada, pintoresca y original ciudad de Europa. Fundada sobre varias colinas, se extendía ya por la margen derecha del Tajo, siguiendo su curso hacia el mar. Los palacios y jardines de dicha margen hacían delicioso el camino que iba y va hasta el sitio donde el rey D. Manuel el Dichoso había erigido graciosa y elegante torre, en conmemoración de que allí se embarcó

⁹ J. M. Cuenca Toribio, «Don Juan Valera: una reflexión iberoamericana», Cuadernos Hispanoamericanos, 543 (1995), pp. 121-132.